es sacrificado por un mundo culpable, quisiera tambien sacrificarse ella misma con él; por esta razon, dice el mismo S. Ambrosio, procura escitar contra sí la rabia de los verdugos de Jesucristo, y se ofrece á su furor. Finalmente la madre de los Macabeos, dice San Agustin, se hace mas fecunda al entregar sus hijos á la muerte, que cuando les dió la vida, porque se hace espiritualmente como la madre de su pueblo, al que confirma en la verdadera Religion con el ejemplo de su heróica virtud. María igualmente se hace una madre mas fecunda cuando pierde á su Hijo con dolor, que cuando lo concibió con alegría; pues por un Hijo de que se priva, adquiere una multitud de hijos. Ella entrega á Jesus á la cruz, y en él y con él, se hace madre de todos los cristianos. Dolores fértiles, padecimientos verdaderamente fecundos de la Madre de Dios! Herida de su tierno corazon verdaderamente preciosa para nosotros! Nosotros hemos sido engendrados en este corazon por sus sufrimientos, como Jesucristo fué engendrado con su sangre en su seno purísimo. Este seno fué el tabernáculo del Hijo de Dios; este corazon es el arca de salvacion de los hijos de los hombres. (*Vease la nota veintinueve.*)

CAPITULO XIV.

Dos cosas muy distintas hubo en la catástrofe ocurrida en Eden, el pecado que Adan cometió, y el castigo en que por él incurrió; la culpa y la pena.

Materialmente no hubo mas que un pecado; pero moralmente, este pecado fué completo; fué un semillero de pecados; porque de parte del hombre hubo *rebelion manifiesta, y desobediencia* al precepto de Dios;

hubo *orgullo, y orgullo* diabólico, en querer hacerse semejante á Dios; hubo *incredulidad*, en otorgar su confianza al demonio que prometia la divinidad, y en retirarla de Dios que amenazaba con la muerte; hubo *impiedad*, en creer que Dios mentia, y que solo habia prohibido comer el fruto misterioso para no encontrar un rival en Adan, y no para evitar que se hiciera culpable. Hubo finalmente un pecado de *sensualidad*, al preferir satisfacer la vista y el paladar, mas bien que respetar el precepto divino.

Habiendo sido múltiple el pecado, lo fué tambien el castigo. Los dos culpables, Adan y Eva fueron despojados al momento de su inocencia original y de la gracia santificante; ellos perdieron el imperio que tenian sobre su propia carne y sobre sus pasiones; desde aquel instante sintieron en sí una guerra interior que les hizo avergonzarse de sí mismos; finalmente incurrieron en la muerte del cuerpo, y en la muerte todavía mas funesta del alma, en la enemistad de Dios y en la condenacion eterna.

Pero ademas de estos castigos que fueron comunes á los dos, cada uno de ellos incurrió en otros que fueron propios y peculiares de su sexo. El hombre fué condenado particularmente á cultivar una tierra, que se habia hecho por su pecado maldita é ingrata, estéril en frutos y fecunda en espinas y abrojos, y alimentarse del fruto de su trabajo y de sus sudores. La muger fué condenada á una sujecion absoluta, á una perfecta dependencia de su marido, á concebir en la ignominia los hijos que habia de dar al mundo con dolor.

El hijo de Dios, el Adan verdadero, el nuevo Adan, habiéndose colocado, por un esceso de misericordia en el lugar del primer Adan, para curar sus males y reparar sus pérdidas, quiso no solo espiar la culpa, sino tambien incurrir voluntariamente en la pena y sufrirla. Para espiar el pecado, se hace obediente, se humilla

y sufre toda clase de dolores, porque Adan habia desobedecido, se habia llenado de orgullo y se habia abandonado á la gula y á la sensualidad; y para hacerse todavía mas semejante á aquel cuyo lugar ocupaba, se pone voluntariamente á cultivar, en el órden de la salvacion, una tierra ingrata, es decir la Sinagoga, que corresponde á los esfuerzos de su amor y de su celo con una esterilidad espantosa; que en vez de los frutos que tenia derecho á esperar de ella, no le produce otra cosa, como él mismo se queja por sus profetas, que persecuciones y amarguras, cruces y espinas. Finalmente el quiere á fuerza de trabajo, de fatigas y de sudores adquirir su pan, es decir la conversion de las almas, que él llamaba el alimento agradable á su corazon, la obra de Dios por escelencia.

Pero ya hemos visto que aunque Jesucristo, por la sola escelencia y la dignidad de su sacrificio, espió los pecados del mundo, quiere sin embargo que María se asocie á este sacrificio espiatorio, á fin de que participe de la redencion en el Calvario, como Eva habia participado del pecado en el paraiso terrenal. El quiere, no solo que tome parte por su humildad, su piedad, su obediencia y sus dolores en la espiacion de su culpa sino que tambien sufra la pena. Y como ademas de la pena comun á los culpables, tomó tambien Jesucristo la pena particular impuesta á Adan como hombre, quiere tambien que María tome sobre sí y esperimente la pena impuesta á Eva como muger. Ved aquí por qué la madre de Dios, que á nadie reconocia superior á sí, escepto á Dios que es su Hijo, se sometió á su santo Esposo que no era mas que un puro hombre, y estuvo sujeta á él de la manera mas humilde y mas perfecta, y además de esto se sometió á la pena de dar al mundo hijos en su dolor.

El apóstol S. Juan en su apocalipsis habla del prodigio singular de una muger misteriosa rodeada del es-

plendor y de la gloria del sol, cuya cabeza estaba adornada con una corona de doce estrellas, y que colocando sus pies sobre la luna, lanzaba gritos lastimeros, y sufria horribles tormentos, para dar á luz el fruto que llevaba en su seno.

Pues bien, S. Agustin afirma que esta muger estraordinaria es María, que María fué verdaderamente revestida del esplendor del sol de justicia que tomó en ella la carne humana y reposó en su seno; que él adornó su cabeza con la corona de estrellas de los divinos privilegios con que la enriqueció; y que ella huella con sus pies inocentes la luna, es decir la inconstancia y el prestigio de las grandezas del mundo. Pero, cómo puede decirse tambien de María que parío en los sufrimientos y en el dolor, cuando la doctrina de la Iglesia y de los Padres respecto al parto milagroso de María es que fué exenta de la maldicion fulminada contra Eva, como lo fué de su pecado, es decir que parió sin dolor? Oigamos sobre este particular un pasage elocuente y sublime del Santo Obispo Amadeo: María, dice, parió á Jesucristo sin detrimento alguno de su virginidad, así como lo concibió sin detrimento de su pudor. Ella permaneció intacta al darle á luz, así como habia quedado pura al recibirle. Y asi como su concepcion habia sido sin pecado, su parto fué tambien sin dolor; no habiendo causado en ella el parto alteracion alguna, asi como la concepcion tampoco le habia dejado ninguna mancha. Si (lo que no se puede pensar sin hacerse culpable) ella hubiera concebido con una satisfacion carnal, no hubiera podido evitar el parto con dolor. De ahí nace que hasta el presente las infortunadas hijas de Eva paren en el dolor; y el fruto que una ignominiosa satisfaccion hace germinar en su seno, no llega á su madurez sino con una amargura mayor, y con los dolores mas agudos. O bella y noble prerogativa de María! continúa el San-

to Obispo: ella no esperimenta tormento alguno en su carne virginal, porque no sintió ninguna satisfaccion. Despues de haber concebido á su Hijo, permanece Vírgen, y despues de haberle dado á luz, queda mas pura. Todo fué divino en este parto inefable; el hijo que nació fué divino; la mano que lo recibió en su nacimiento fué divina, y esto sin perjuicio de la que lo dió á luz.

Ved aquí pues, prosigue el mismo Padre, en lo que se diferencia el parto precioso de María de el parto de Eva: Eva parió en la corrupcion y María en la pureza; Eva parío en la miseria, y María en la santidad; Eva parió en la vejez del pecado, y María en la novedad de la inocencia, porque Eva parió al esclavo y María al Señor; Eva al culpable y María al justo; Eva al pecador, y María al que santifica y salva del pecado. En el parto de Eva la serpiente infernal tendia asechanzas á su fruto para devorarlo; los ángeles asisten al de María para servirle. Eva en su parto tiene el espíritu lleno de espanto, y el cuerpo lleno de dolores; María en el suyo se vé colmada, por la virtud misma de Dios, de un santo gozo y de la alegria mas pura.

Si pues María fué exenta de la maldicion que pesa sobre las demas mugeres, cuando dan á luz sus hijos enmedio de padecimientos crueles y de gritos arrancados por el dolor; si María parió á su Hijo sin dolor, así como lo habia concebido sin mezcla alguna de concupiscencia; cómo nos la representa el discípulo amado y nos la manifiesta bajo la figura de una madre, víctima de todos los dolores y de todos los padecimientos de un parto difícil y laborioso?

Para resolver esta dificultad, recordemos que Jesucristo es llamado en la Escritura el primogénito de una familia compuesta de muchos hijos. Pues bien, si es de fé que María no concibió ni parío segun la carne mas que un solo hijo que es Jesucristo; es necesario

que pariese otros hijos segun el espíritu, y estos hijos son los cristianos.

Ved aquí pues en María dos generaciones y dos partos; el uno corporal, y el otro espiritual; el uno en Belen, y el otro en el Calvario; el uno de su carne purísima, y el otro de su tierno corazon; el uno segun la naturaleza, y el otro segun el amor; el uno que es santo, porque fué el del mismo Hijo de Dios y el otro pecador, porque son los hijos de los hombres.

En el primero de estos dos partos imitó María en la tierra la generacion del Padre Eterno en los cielos, porque engendró de su sola sustancia y sin padre al mismo Verbo divino que el Padre engendra tambien sin madre y de su sola sustancia. Al dar á luz al mismo Hijo de Dios, lo hizo con la misma condicion, es decir, sin sufrimientos, sin pena y sin dolor. Mas en su segundo parto, engendrando María hombres pecadores, renueva la generacion de Eva, que no dá á luz mas que hombres pecadores. Asi pues, en esta segunda generacion no dá á luz María mas hijos que los mismos de Eva; por consiguiente no los pare sino con la misma condicion, es decir que así como Eva no dá á luz los hombres pecadores sino en medio de dolores, María los pare tambien en el dolor. Cuando S. Juan nos refiere las penas, los sufrimientos y los dolores de María, hace alusion á su segundo parto, y no al primero, pues que solo en el segundo fué cuando, desgarrado su corazon por los padecimientos y atravesado por la espada del dolor, lanzó hondos gemidos, arrancados por la tristeza y la compasion.

Jesucristo sufrió en su persona, y esto de una manera tanto mas dolorosa cuanto fué mas espiritual, la pena impuesta al hombre de cultivar una tierra ingrata, y de alimentarse del pan de su trabajo y de sus sudores. María igualmente esperimentó en sí misma, y de una manera tanto mas sensible cuanto era mas espiritual,

la pena impuesta á la muger, de parir en el dolor. La sentencia pronunciada contra Adan, *que la tierra regada con su sudor y cultivada con sus afanes no le produciria mas que abrojos y espinas*, no tuvo su cumplimiento literal sino en Jesucristo, á quien la ingrata Sinagoga, en recompensa de sus milagros y de su celo, no dió otra cosa que hiel amarga y una corona de espinas; la sentencia pronunciada igualmente contra Eva, *que no veria multiplicarse sus hijos, sino para ver multiplicar y redoblar sus dolores*, no se verificó en toda su estension sino en María, en quien la inmensidad y la violencia de los dolores del parto estuvieron en proporcion de la multitud de los hijos de los hombres que diò á luz en el Calvario.

Ved aquí pues á María, dice Juan Damasceno, que al dar á luz sus hijos pecadores en el momento de la pasion de Jesucristo, esperimenta los dolores que no esperimentó al dar á luz su Hijo inocente. Pero esto no es bastante, prosigue S. Bernardo, porque no solo esperimentó ella en su parto misterioso del Calvario los dolores que debió sufrir en el de Belen, si hubiera parido como las otras madres, sino que el dolor, de que entonces fué dispensada, lo sintió mil veces mas fuerte en el momento de la muerte de su Hijo por nuestra salvacion. San Bernardino de sena, que es entre todos los doctores el que mas ha examinado y sondeado el mar profundo de las amarguras ó de los dolores en que María se encontraba sumergida al pie de la cruz, añade que en la muerte de Jesucristo adquirió el título de madre de los Cristianos, á costa de sus dolorosas angustias; porque María al darnos á luz á la vida de la gracia, esperimentó colectivamente, unidos en un mismo dolor y en un solo parto, todos los dolores, todas las angustias y todos los tormentos que han esperimentado y esperimentarán todas las madres al parir á la vida natural, sufrimientos y tormentos inauditos,

pues que de todas las criaturas animadas, la muger es la que mas sufre en el parto. Y la razon es clara; debiendonos María parir á todos, debió sufrir particularmente por todos.

De todas estas circunstancias se deduce claramente que la antigua Raquel es la figura y la profecía de María. En efecto Raquel es al principio estéril por naturaleza, y María lo es por eleccion y por voto. No obstante su esterilidad natural, Raquel se hace madre; pero esto no es sino por un milagro, pues que solo un milagro podia hacerla fecunda. María igualmente, no obstante su virginidad voluntaria, llega á ser madre, y lo es por el mayor de todos los milagros; porque solo Dios podia hacer que una vírgen fuese madre, permaneciendo vírgen, y sin concurso humano. El hijo de Raquel es José, el mismo José que entregado y vendido por sus hermanos, se hace despues el salvador de estos mismos hermanos que quieren quitarle la vida, y que por lo mismo es llamado el pastor y la piedra de Israel. El Hijo de María es Jesucristo que, entregado, vendido y crucificado por los hombres, se hace salvador de los hombres, y es llamado por lo mismo el buen Pastor por escelencia, la piedra angular que sostiene el edificio de la salvacion. El Hijo de Raquel valia por sí solo mas que todos los hijos de Lia; porque, qué hubiera sido, no solo de los hijos de Lia, sino de toda la familia de Jacob, sin el hijo de Raquel, que los salvó á todos del hambre y de la muerte? El Hijo de María, solo y pobre, vale mucho mas que todos los hijos de las demas madres, porque, qué seria de todos los hijos de los hombres sin el Hijo de María que los salvó de la esclavitud del pecado y de la muerte? Pero lo que conduce mas á nuestro propósito es que apenas Raquel dió á luz á José, cuando comprendió que este no seria el solo hijo que ella tendria, y que este primer hijo le prometia otro. Por esta razon se llamó *José*,

que significa *union y acrecentamiento*; despues esclamó ella en un rapto profético: Dios hará de una manera que mi primer hijo sea la prenda de otro segundo.

Jesus igualmente es para María la prenda, y la garantía de otro hijo, pues que hablando de su parto, se dijo que habia dado á luz su HIJO PRIMOGÉNITO, lo cual significa claramente el parto de otro hijo segundo.

La una y la otra profecía, el uno y el otro presentimiento de estas dos madres misteriosas se cumplieron exactamente. En efecto, Raquel parió despues á Benjamin en Betel; y María parió á los hombres en el Calvario. Pero ay! qué diferencia tan grande entre el nacimiento de estos dos hijos segundos, y el de los dos primogénitos de estas dos madres! Raquel pare á José sin trabajo, sin sufrimiento y sin dolor, y María pare á Jesucristo sin trabajo y sin el mas leve dolor. El nacimiento de José llena á su madre del mas puro gozo; y el nacimiento de Jesucristo llena el alma de María de los mas santos trasportes de regocijo. Por el contrario, el nacimiento de Benjamin causa á su madre un dolor tan grande, unos tormentos tan violentos, que se vé reducida á la mas dolorosa agonía. Por esta razon Raquel le llamó *Benoni ó el hijo de su dolor*, el hijo de su amargura y de su duelo; y verdaderamente él fué un hijo de duelo y de amargura, pues que su nacimiento costó la vida á la que se la dió. El último hijo de María, es decir, la humanidad, la Iglesia, causó igualmente á su corazon tormentos inmensos, en el momento en que ella la parió en el Calvario; es por consiguiente el hijo de su dolor, de sus angustias, de su agonía y de su muerte, pues que el dolor que nuestro nacimiento causó á María era capaz de haberle dado mil veces la muerte, si, como ya hemos notado, un milagro no le hubiera conservado la vida. (*Vease la nota treinta.*)

CAPITULO XV.

CUÁN grandes y sublimes, cuán preciosos y tiernos son los misterios del Calvario! Jesucristo está en la cruz; y por los tormentos inauditos que padece en ella, por la muerte ignominiosa y cruel que sufre, destruye al hombre viejo, al hombre de pecado, al hombre condenado á la reprobacion y á la muerte, borrando con su sangre el funesto decreto que le condenaba; de este modo prepara en su próxima resurreccion una reforma completa, una creacion nueva y misteriosa del hombre. Nuestra salvacion procede pues de sus enfermedades y de sus tormentos, y nuestra vida de su muerte. El nos engendra en su cruz, nos prepara para un nacimiento nuevo, nos anima, nos vivifica, nos hace entrar en un nuevo órden de providencia y de gracia, y nos incorpora á una nueva naturaleza, justa con su justicia, santa con su santidad y gloriosa con su gloria; y así como todos morimos en Adan y con Adan junto al árbol fatal de la ciencia, todos tambien renacemos á la vida en Jesucristo sobre el árbol precioso de la cruz.

Pero debemos observar que esta sangre purísima, que derramada sobre la tierra, hace germinar como nuevas plantas, hijos de Dios; que esta carne inocente, que sin ser contaminada por el pecado, representa todos los pecadores; porque es semejante á la carne de pecado, en la que el pecado ha sido condenado y destruido; que este cuerpo santísimo en el que nuestro *viejo hombre* es crucificado, espia el pecado, destruye la condenacion y hace abolir el decreto de muerte; que esta humanidad augusta en la que todos los hombres esperimentan los efectos de la maldicion, para ser ben-